

GERMÁN DELIBES DE CASTRO(*) (1)

MANUEL FERNÁNDEZ-MIRANDA
(Gijón, 8 octubre 1946 -
Madrid, 16 de julio 1994)

La estrecha amistad que, a lo largo de casi veinte años, me unió a Fernández-Miranda hace que sea el recuerdo de su arrolladora y atractiva personalidad el que repique con insistencia en mi cabeza, permaneciendo en un segundo plano nuestra relación profesional. Ello no quita para que sea de justicia reconocer el extraordinario relieve de Fernández-Miranda como arqueólogo y reclamar para él un puesto destacado entre los más grandes arqueólogos españoles del siglo XX, tanto por el impulso que llegó a cobrar la idea de Patrimonio Arqueológico en nuestro país a partir de su paso por el Ministerio de Cultura, como por su prolífica labor investigadora. Pese a ello, descarto pormenorizar aquí los méritos ingentes de su florido *cursus honorum*, y en su lugar trataré de hacerme eco de aquellos rasgos de su personalidad que considero más sobresalientes, en la esperanza de que tras ellos pueda quedar algo del fino bouquet personal y profesional que destilaba nuestro amigo.

Tal vez por mis carencias en este aspecto, me impresionaron desde el mismo momento en que conocí a Manolo sus dotes como gestor y su capacidad de organización. Siempre tenía las ideas claras sobre lo que había que hacer y sobre el procedimiento para llevarlo a cabo. Sabía, además, elegir las personas adecuadas para cada empresa y, por encima de ello, las inculcaba su ilimitada ilusión, de donde resultaban grupos de trabajo tesoneros y fuertemente cohesionados. Nada me sorprende, por eso, advertir ahora, pasados los

años, cómo, en sólo un lustro al frente de la Subdirección de Arqueología y de la Dirección General de Bellas Artes, consiguió prácticamente doblar el número de publicaciones arqueológicas que había a su llegada. Y sólo con esas cualidades y un perfecto orden puede uno llegar a entender la versatilidad de que dio muestras Fernández-Miranda en el terreno de la investigación, dirigiendo con acierto proyectos sobre temas tan dispares como la Prehistoria reciente balear, el Calcolítico en el Sureste, la Edad del Bronce en La Mancha, la metalurgia prehistórica, fenicios y tartessos, la joyería prerromana, la Protohistoria en el Marruecos atlántico, los canarios prehistóricos o, más inexplicable para mí pero comprensible dada su debilidad por el terruño, sobre romanos y aún románicos en su querida Asturias.

Sería, asimismo, partidario de destacar su extraordinaria facilidad para la comunicación. Tenía la virtud de expresarse de forma apasionada y de provocar invariablemente el entusiasmo de sus interlocutores, lo que la convertía en un inigualable seductor. Por ello Fernández-Miranda fue siempre tan popular entre sus alumnos –centenares de ellos pasaron por sus excavaciones– y por ello, por transmitir tan atractivamente lo que conocía, lo que desconocía y lo que le parecía importante llegar a conocer, surgió en torno a él una pléyade de discípulos, una escuela sin igual entre los arqueólogos españoles de nuestra generación.

Seguramente así ocurrió porque Manolo, además de ser un hombre imaginativo, un excepcional organizador y el origen del aliento de múltiples proyectos, era también un maestro comprometido y generoso, que creía en la eficacia del trabajo en equipo, que no eludía su cuota de participación en las tareas más ingratas y, sobre todo, que nunca sucumbió a la tentación de capitalizar los éxitos científicos comunes. De ahí la legión de libros y artículos colectivos de su *curriculum*, sobre todo en los últimos años, que constituían para él –de nuevo el nosotros antepuesto al yo– más que el

(*) Departamento de Prehistoria, Arqueología, Antropología Social y Ciencias y Técnicas Historiográficas. Universidad de Valladolid. Plaza de la Universidad, 1. 47002 Valladolid.

El artículo fue remitido en su versión final el 12-XII-94.

(1) Estas páginas fueron concebidas para el homenaje público a Manuel Fernández-Miranda que tuvo lugar en la Fundación José Ortega y Gasset (Madrid, 24 octubre 1994). Su *curriculum* será publicado en la *Revista Complutum* del Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense (Madrid) del que fuera catedrático.

fruto esperado de un equipo de investigación, el testimonio de la amistad que existía entre sus componentes.

El habitual desenfado de Fernández-Miranda en el trato personal trascendía con frecuencia al plano de las relaciones profesionales. Su sentido del humor y envidiable aplomo solían ser decisivos para fundir el hielo en las más sesudas sesiones científicas y ello, junto con un leve tono antiacademista, pudo granjearle en cierto momento una injustísima aureola de frivolidad. Habría que tachar de miope a quienes tras la extroversión y el carácter divertido de Manolo vieron frivolidad, porque se trataba de una persona tremendamente exigente consigo mismo y, pese a la hilaridad que le hubiera producido tan sólo insinuárselo, con una concepción del trabajo quasi protestante. ¿Cómo hubieran resultado posibles, de no ser así, las dos docenas largas de libros o los doscientos artículos por él escritos durante poco más de veinte años, siendo cinco de éstos de intenso servicio al Ministerio de Cultura?

Su capacidad de trabajo era gigantesca, tan grande como su voluntad... y bastante mayor, por lo general, que la resistencia de sus compañeros de tarea. Me vienen a la cabeza algunos recuerdos de este Manolo infatigable, por ejemplo en las frecuentes sesiones de doce horas de la Facultad, casi siempre a comienzos de los 80, cuando al frente de un grupo de discípulos ultimaba la Memoria de las excavaciones del verano previo en la taula d'En Salord; en los destajos inacabables, fuera de cualquier horario lógico, dibujando y tomando notas, en los Museos de Barcelona o de las Baleares; en las jornadas no pocas veces asfixiantes de la Fundación. Pero sobre todo guardo memoria muy especial de aquellos meses que, a lo largo de varios años, dedicamos a la excavación del sitio de Almizaraque, en Almería, en cuyo transcurso se fraguó una fraternal e irrenunciable amistad entre los miembros del equipo. Las siete primeras horas de una jornada cualquiera, entre otro y tres, transcurrían en el tell, al frente de un nutrido y no siempre cómodo retén de operarios reclutados en el INEM de Cuevas; utilizábamos apenas otra en ducharnos y en dar cuenta de una escueta e improvisada tortilla, para, a partir de las cuatro, emprender la rutinaria tarea de lavar los materiales en el porche de poniente de la Casa Siret, a la cadencia, bien es cierto, de cualquier musiquilla rancia de los 60, de una ópera de Mozart, cuando no, los domingos, del acelerado soniquete del carrusel deportivo, pendientes del resultado del Sporting o del Valladolid. Las últimas luces del día, de un tibio sol de membrillo invernal, nos

emplazaban, a las siete de la tarde, ya en el interior, a nuevas empresas, ahora orientadas a siglar, a dibujar y a ordenar diarios. Eso sí, a las nueve en punto, debidamente acicalados, nos descolgábamos, gozosos, a Garrucha en pos de una buena cena, de un rato de esparcimiento y de una prolongada tertulia, que probablemente necesitábamos todos pero que, sin duda, hacía especialmente feliz a Manolo. Eran esas gotas de hedonismo reparadoras, sin las cuales resultaría casi imposible reconocer la personalidad de nuestro amigo, pero que, subrayo, llegaban indefectiblemente tras una agotadora jornada de trabajo.

Adornaba también a Fernández-Miranda la virtud de la elegancia, del saber moverse en todos los terrenos con naturalidad y sin atropellos. No me refiero tanto a su apariencia externa o a su indumentaria, que en esto tampoco le faltaba un punto de coquetería, como a su elegancia de espíritu. Abierto, dialogante y profundamente antiseculario, consideraba antes un privilegio que un deber moral ampliar el círculo de sus contactos profesionales, habiendo oídos sordos a complicidades cutres y a esos lamentables celos provincianos tan frecuentes entre colegas. Era un auténtico ciudadano del mundo, un gijónés universal, diría... de no ser porque el propio Manolo me hubiera recordado, divertido, que eso era una imperdonable redundancia. Añadiría, en todo caso, para dejar constancia de su extrema delicadeza, una confianza: en tantas veces como coincidimos en tribunales de oposición, pese a la absoluta confianza que mediaba entre nosotros, jamás se deslizó la más leve insinuación sobre la posible conveniencia de un determinado voto, siendo cierto que, al final, no siempre coincidieron nuestras decisiones.

Éstas eran, en fin, algunas de las cualidades de mi amigo. Un ser que irradiaba alegría; un inigualable compendio de vitalidad e inteligencia, de vigor y sensibilidad; un hombre generoso y sabio, trabajador y divertido que, por encima de cualquier otra cosa, cultivó la amistad. Una persona que, por ello, se convirtió en verdadero lugar de encuentro de las gentes más distintas. Un personaje, en suma, irrepetible, que soportaba con gusto y desenfado un enorme paraguas bajo el que sus amigos teníamos el privilegio de olvidarnos de la pesadumbre de vivir. En este mundo más bien oscuro, un insólito chorro de optimismo y bondad que —cada vez lo veo más claramente— no se había fijado otra meta para su vida que hacer más llevadera la de los demás. Ésta es la imagen que conservo de Manolo. Sencillamente, inolvidable.